

la palabra *Recuerdo* en diamantes. Ha sido un modo muy delicado de hacerme un regalo. Es imposible estar más amable de lo que en esta ocasión lo han estado ambos para nosotros.»

Dispuesto muy favorablemente para con el príncipe, á quien creía poder hacer entrar en sus proyectos de arreglo del mapa europeo, Napoleón III apreciaba mucho á la condesa de Hatzfeldt, cuyo principal objetivo fué una inteligencia sincera entre sus dos patrias. ¿Quién sabe? Si la digna hija del mariscal de Castellane hubiera sido embajadora de Prusia en París en 1870, tal vez no habría estallado la guerra franco-alemana.

III

LOS COMIENZOS DE 1857



MONTERREY, N. L.

El año 1857 empezó en medio de una paz interior y exterior que al parecer nada debía perturbar. En la noche del 2 de enero hubo en el palacio de las Tullerías una recepción de señoras.

El 3 de enero el emperador debía ir al teatro de la Gaieté, donde se representaba un melodrama en boga, *La falsa adúltera*; pero se lo impidió una catástrofe tan terrible como inesperada, el asesinato del arzobispo de París, monseñor Sibour. El prelado había ido aquel día á la iglesia de San Esteban del Monte, donde se celebraba una novena en honor de Santa Genoveva. Acababa de dar la vuelta al santuario, bendiciendo á los fieles arrodillados á su paso, cuando un hombre, saliendo de entre el gentío, se acercó á él y le dió una cuchillada. El arzobispo, trasladado á la sacristía, exhaló en seguida el postrer suspiro. El asesino no intentó escapar, sino que, blandiendo su cuchillo, gritaba: «¡Abajo las diosas!» Se le creyó loco; no se sabía que, adversario del dogma de la Inmaculada Concepción, aludía con aquellas palabras á la Virgen y á su madre. Tenía treinta años, se llamaba Verger, y era un cura á quien se habían retirado las licencias, que creía tener quejas del clero y deseaba vengarse. Aunque el obispo de Meaux le había escrito recientemente: «Creemos que necesitáis estar cuidado en una casa de salud,» los médicos, después de examinarlo, le declararon responsable, y en la noche del 29 de enero fué guillotinado en la plaza de la Roquette á la luz de las antorchas y en presencia de una muchedumbre inmensa.

El asesinato del arzobispo podía parecer á las personas supersticiosas un funesto presagio para el año que empezaba y para la estabilidad de la dinastía. Monseñor Sibour fué el que entonó el *Te Deum* cuando el restablecimiento del Imperio, y el que recibió al emperador y la emperatriz á la puerta de Nuestra Señora el día de su boda y el del bautizo de su hijo. Se suspendió el baile que debía verificarse en las Tullerías el 8 de enero, y el 10 se celebraron las exequias del arzobispo con gran pompa en la iglesia metropolitana. Pero no tardó en disiparse aquella penosa impresión, y á los cuatro días la corte y la ciudad recobraban toda su animación.

El 14 de enero el príncipe Napoleón reunía en el Palacio Real á todos los oficiales generales presentes en París que habían tomado parte en la guerra de

Crimea. Entre los invitados, en número de cincuenta y dos, figuraban los mariscales Pelissier, duque de Malakoff, Canrobert, Bosquet, el almirante Hamelin que había mandado la escuadra del mar Negro durante la guerra de Crimea y era á la sazón ministro de Marina, los generales Regnaud de Saint-Jean d'Angely, de Salles, Niel y de Mac-Mahon. El príncipe Napoleón había rogado á su padre el rey Jerónimo que presidiera esta fiesta militar á la que asistían nueve veteranos del primer Imperio. El hermano de Napoleón I pronunció este brindis: «Brindó por el emperador, por la emperatriz, por el príncipe imperial, á quien deseo, por la felicidad de nuestra querida patria que está llamado á gobernar, el valor, la prudencia y la habilidad de su augusto padre.»

El príncipe Napoleón alzó en seguida su vaso en honor de los generales en jefe del ejército de Crimea, y se expresó así: «Al mariscal de Saint-Arnaud, el jefe arrojado muerto después de la batalla de Alma y que tuvo por sudario la bandera tricolor de la Francia regenerada.»

«Al mariscal Canrobert, que ha sabido sostener el ejército en circunstancias tan difíciles, y ha entregado á su sucesor, como él mismo lo ha dicho, un ejército aguerrido y dispuesto á emprenderlo todo.»

«Al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, que se ha inmortalizado con la toma de Sebastopol y con rara y perseverante energía ha sabido triunfar de los obstáculos que se le oponían por todas partes.»

El príncipe dedicó en seguida un conmovedor recuerdo á los hermanos de armas muertos cual dignos hijos de Francia, y terminó así su alocución: «Puedo decir con orgullo que la inmensa ventaja de esta guerra consiste en que habéis probado que Francia continúa teniendo su grande ejército.»

El mariscal duque de Malakoff contestó: «Monseñor, á mí me incumbe dar gracias á V. A. I. por habernos reunido en torno del hermano de Napoleón I, del más ilustre de los últimos representantes de su inmortal epopeya... Los elogios que habéis hecho del ejército que he tenido el honor de mandar son tanto más preciosos cuanto que ese ejército recuerda con satisfacción que V. A. I. ha compartido sus trabajos y contribuido valerosamente á sus triunfos.»

El ex rey de Westfalia tomó en seguida la palabra. «Agradezco, dijo, al mariscal Pelissier el haber asociado mi nombre al del grande ejército. Me complace en extremo poder contestarle brindando por nuestros bravos ejércitos de tierra y mar, y en particular por nuestras gloriosas tropas de Crimea, que, con la rapidez del águila, aprovecharon la primera ocasión para colocarse dignamente al lado de las viejas falanges de Marengo, de Austerlitz y de Jena.»

El invierno de 1857 fué muy brillante: las fiestas se sucedían sin cesar.

El 16 de febrero el emperador abrió la sesión legislativa en la sala de los Mariscales. El discurso del trono fué esencialmente pacífico. Napoleón III declaró en él que como reinaba la mejor inteligencia entre las grandes potencias, se debía pensar formalmente en regular y desarrollar las fuerzas y las riquezas de la nación. «Aunque la civilización, decía, tenga por objeto el mejo-

ramiento moral y el bienestar material del mayor número, hay que reconocer que marcha como un ejército, y no obtiene sus victorias sin sacrificios y sin víctimas. Esas vías rápidas que facilitan las comunicaciones hacen que los intereses cambien de lugar y dejan á la zaga los países que aún están privados de ellas; esas máquinas tan útiles que multiplican el trabajo del hombre, le reem-



Monseñor Sibour, arzobispo de París

plazan al pronto y dejan muchos brazos desocupados; esas minas que diseminan por el mundo una cantidad de numerario desconocido hasta el presente, ese aumento de la fortuna pública que decuplica el consumo, tienden á hacer variar y á elevar el valor de todas las cosas; ese manantial inagotable de riqueza que se llama crédito engendra maravillas, y sin embargo, la exageración de la especulación ocasiona muchas ruinas individuales. De aquí la necesidad, sin detener los progresos, de acudir en auxilio de los que no pueden seguir su marcha acelerada. Hay que estimular á los unos, contener á los otros, alimentar la actividad de esta sociedad anhelante, inquieta, exigente, que en Francia lo espera

todo del gobierno y á la cual, sin embargo, debe éste oponer los límites de lo posible y los cálculos de la razón.»

Aquel período legislativo era el último hasta la renovación de la Cámara. En el discurso, Napoleón III dió las gracias á los diputados por el concurso activo que le habían prestado desde 1852, y terminó con estas palabras que respiraban satisfacción y confianza: «Contando con el concurso de las principales corporaciones del Estado, con la abnegación del ejército y sobre todo con el apoyo de este pueblo que sabe que consagro todos mis momentos á sus intereses, vislumbro para nuestra patria un porvenir lleno de esperanza. La Francia, sin lastimar los derechos de nadie, ha recobrado en el mundo el rango que le convenía, y puede dedicarse con seguridad á todo cuanto produce el genio de la paz. ¡Que Dios no se canse de protegerla, y en breve se podrá decir lo que un hombre de Estado, historiador ilustre y nacional, ha escrito acerca del Consulado: — La satisfacción reinaba en todas partes, y todo el que no tenía malas pasiones en su corazón estaba contento del poder público.»

Consideróse el homenaje tributado á M. Thiers como señal de conciliación en punto á política interior, y aun hubo personas que se imaginaron que el ministro de Luis Felipe llegaría á serlo de Napoleón III. Los partidos se iban desarmando cada vez más, y el emperador, en el colmo de sus deseos, gozaba de una situación tal vez única en el mundo. ¿Qué le habría faltado para conservarla? Resistir el afán de aventuras y mantener siempre la paz.

IV

EL GRAN DUQUE CONSTANTINO

En la primavera de 1857 Napoleón III recibió una visita á la que con razón se atribuyó mucha importancia, porque fué preludio y prenda de una reconciliación definitiva entre franceses y rusos: la visita del gran duque Constantino, hermano del tsar Alejandro II. Nacido el 9 de septiembre de 1827, Constantino Nicolaievitch, gran almirante de Rusia, príncipe de elevada inteligencia, era un ardiente patriota. Después de haber aprobado con entusiasmo el celo ortodoxo y la política belicosa de su padre el emperador Nicolás, fué durante los sucesos de Crimea furibundo partidario de la guerra á todo trance. Su ida á París inauguraba una nueva era.

El gran duque llegó el 20 de abril á Tolón á bordo de la fragata de vapor *Olaff*, acompañada de otras dos fragatas y del navío de hélice el *Wiborg*. La escuadra francesa de evoluciones, mandada por el almirante Trehouart, estaba formada en dos líneas en la rada que la escuadra rusa atravesó. Los marineros, subidos en las vergas, saludaron al gran duque á su paso, mientras que los barcos hacían salvas con toda su artillería. Tan luego como la *Olaff* quedó amarrada ante la cadena nueva á la entrada del arsenal, el almirante Trehouart y el vicealmirante Dubordieu, prefecto marítimo, pasaron á bordo de la fragata rusa para ofrecer sus respetos al gran duque. El príncipe saltó á tierra y se dirigió al arsenal, donde pasó revista á las tropas de marina. El 21 de abril visitó todos los buques de la escuadra francesa. El 23 asistió con todos sus oficiales á un baile dado en su honor por el prefecto marítimo. El 25 visitó el arsenal, y pasó á bordo del *Suffren*, buque escuela de cabos de cañón, donde se ejecutaron toda clase de ejercicios y tiro al blanco. El 26 oyó misa en el barco ruso el *Wiborg*. El mismo día los oficiales de la marina francesa ofrecieron á los de la rusa una comida á bordo del buque almirante la *Bretaña*. El 27 el gran duque partió en posta para Marsella, y de regreso al día siguiente en Tolón, se embarcó en el aviso de vapor francés el *Explorador*, puesto á su disposición para ir á la Seyne á presenciar la botadura de un vapor de las Mensajerías imperiales.

30 de abril. — Llegada del gran duque á París á las cinco de la tarde. El príncipe Napoleón le espera en la estación de Lyon, adornada con banderas de Francia y Rusia. Una de las salas ha sido transformada en salón de recep-

ción: sus gradas están ocupadas por un gran número de señoras pertenecientes en su mayoría á la elevada sociedad rusa. Saludan al gran duque el mariscal Magnán, el prefecto del Sena, el de policía, el general Luders, el conde de Kisselef embajador de Rusia, y el ministro de Wurtemberg con todo el personal de sus misiones. Dos batallones, uno de granaderos de la guardia y otro de línea, forman columna de honor. El gran duque sube con el príncipe Napoleón á un coche tirado por cuatro caballos. La comitiva, escoltada por dos escuadrones del regimiento de guías, recorre los bulevares, las calles de la Paz y de Rívoli, pasa por debajo de la bóveda del arco de triunfo del Carrousel y llega al palacio de las Tullerías entre dos filas de soldados de un batallón de gendarmería de la guardia. El emperador aguarda al gran duque en lo alto de la escalera de honor, le recibe afablemente y le conduce al salón donde está la emperatriz. Por la noche, el príncipe con todas las personas de su comitiva come con SS. MM. El conde Kisseleff, el príncipe Tolstoi, secretario de la embajada rusa, y el coronel Albedinski asisten á la comida.

2 de mayo. — El gran duque visita el Louvre: en el museo de los monarcas examina detenidamente los objetos que pertenecieron á Carlomagno, San Luis, Ana de Bretaña, Francisco I, Enrique II, Enrique III y Enrique IV. La sala imperial llama particularmente su atención. La cama de campaña de Napoleón, la casaca que éste llevó en Marengo, su pequeño sombrero, su gabán gris parecen cautivar al príncipe, el cual termina su visita por el museo de Marina, donde tiene ocasión de demostrar la extensión de sus conocimientos navales. Por la noche asiste al baile del ministerio de Marina, y recorre los salones dando el brazo á la princesa Matilde.

3 de mayo. — Carreras de caballos en el nuevo hipódromo del bosque de Boulogne: el emperador y el gran duque asisten á ellas.

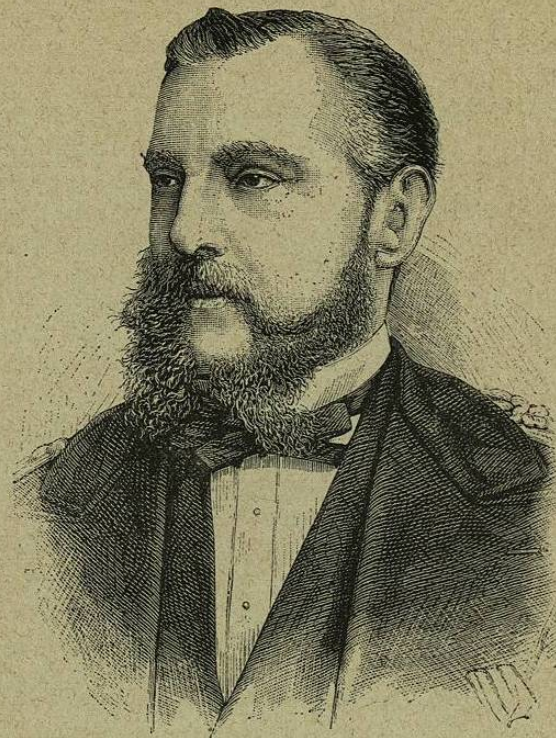
4 de mayo. — Napoleón III pasa al pabellón de Marsán, donde se aloja el príncipe, y le entrega la gran cruz de la Legión de Honor.

El gran duque va en seguida á la embajada rusa, donde recibe al cuerpo diplomático y á los ministros del emperador. Por la noche asiste en la Ópera á la representación del baile *Marco Spada*.

5 de mayo. — Visita con gran detenimiento la fortaleza de Vincennes y sus dependencias. Presencia los ejercicios de los alumnos de la escuela normal de tiro, y da pruebas de gran destreza haciendo buenos tiros á cuatrocientos, seiscientos y hasta ochocientos metros.

6 de mayo. — El emperador pasa en el Campo de Marte una revista de la guardia y de la guarnición de París en honor del gran duque. Las tropas que toman parte en la revista forman un conjunto de setenta y cuatro batallones, sesenta escuadrones y ciento veinte piezas de artillería. Una inmensa muchedumbre ocupa desde la mañana las alturas y las tribunas levantadas alrededor del Campo de Marte. A las dos el redoble de los tambores y los sonos de los clarines anuncian la llegada del emperador que se acerca á caballo por el puen-

te de Jena, acompañado del gran duque Constantino, el príncipe Napoleón, el duque de Nasau, varios mariscales y los ministros de Cerdeña y Sajonia. Lleva la gran cruz rusa de San Andrés y el gran duque Constantino la de la Legión de Honor. La emperatriz llega en seguida en carretela descubierta, presenciando el desfile en el balcón de la Escuela militar.



El gran duque Constantino

Por la noche, el gran duque Constantino, la gran duquesa viuda de Baden y el duque de Nassau comen en las Tullerías con SS. MM.

Después de la comida, el gran duque va á la Casa consistorial, donde el Ayuntamiento le ofrece una *fiesta restringida*, porque el emperador había resuelto que la ciudad reservara para las testas coronadas las *grandes fiestas* que no fueran motivadas por una solemnidad nacional. Pero esta *fiesta restringida* es preciosa. El barón Haussmann, ese organizador por excelencia, se ha excedido á sí mismo.

A esta fiesta siguieron otras, así en París como en Versalles y en Fontai-

nebleau: cacerías, bailes, banquetes, excursiones campestres, comidas de campo, visitas á los monumentos más notables: en una palabra, los soberanos agasajaron cumplidamente á su augusto huésped, del cual no se separaron hasta que el 14 de mayo le acompañaron á la estación del ferrocarril, donde se despidieron de él afectuosamente.

V

EL REY DE BAVIERA

A la visita del gran duque Constantino siguió inmediatamente la del rey de Baviera Maximiliano II.

El ministro de Francia en Munich era á la sazón el barón de Meneval, hijo del secretario de Napoleón I. El barón, que renunció poco después á la carrera diplomática para hacerse cura, había escrito el 27 de enero de 1857 al conde Walewski: «Aunque el barón von der Pfordten no me haya avisado oficialmente, sé que el rey Maximiliano tiene vivos deseos de visitar la Francia y pasar algunos días en París en el mes de mayo próximo. Una persona que por su intimidad y su posición en la corte de Baviera se halla en el caso de conocer los sentimientos del rey, me ha confiado este deseo, añadiendo que S. M. no volverá probablemente á Munich sin dejar satisfecha la inclinación que le induce á ir á ofrecer al emperador el testimonio de sus respetuosas simpatías.»

El 12 de mayo el barón de Meneval decía en otro despacho: «La atención y el interés públicos se fijan en la estancia que el rey se propone hacer en París. El orgullo y la delicadez, estas dos pasiones dominantes del carácter alemán, se preocupan un poco de la acogida que aguarda al rey en la corte imperial, así como de la impresión que dejará en ella. El público y sobre todo la corte de Baviera no ven sin cierto recelo que el rey Maximiliano aborde ese teatro deslumbrador y que afronte el brillo y la majestad que rodean el trono y la persona de nuestro emperador. Por mi parte estoy convencido de que el resultado de ese viaje será satisfactorio, y que dejará en la mente del rey el mejor y más duradero recuerdo. Francia no puede menos de ganar en la confianza y admiración de Europa ofreciendo á los soberanos extranjeros la noble y cordial hospitalidad de que se muestran tan deseosos y tan agradecidos.»

Maximiliano II, nacido el 28 de septiembre de 1802, era el primogénito del rey Luis y fué discípulo de Schelling. A consecuencia de la abdicación de su padre, subió al trono el 21 de marzo de 1848. Muy versado en los estudios filosóficos, protegía las letras y las ciencias. Habíase casado en 1842 con una princesa prusiana, María, hija de Guillermo, tío del rey de Prusia Federico Guillermo IV. Era tío del rey de Grecia Otón.

Maximiliano II llegó á Lyon el 15 de mayo á las seis y media de la tarde, siendo saludado al salir de la estación con una salva de veintiún cañonazos.